

A Patxi de Esteban de Manuel

Me han pedido que diga unas palabras. Me va a costar. Nunca he sido tan parco como Patxi, pero a menudo me atranco. Hoy seguro que más.

Conocí a Patxi como alumno. Sí ¡Patxi me dio clases!, no aquí claro, en Madrid en el año 81. Son las últimas que dio (que yo sepa) y eso que lo hacía bien, me enseñó de casos y controles.

La siguiente vez ya fue en Andalucía. Pablo Recio le había pedido que liderara la creación de la Escuela y eso es lo que hizo. Empezando de nada fue rodeándose de gente capaz, en aquella época donde era importante que la inauguración fuera un 19 de julio y no un 18, supo lograr que mucha gente confiara en él, los responsables de la Consejería y los que estábamos aquí. Sabía interpretar y manejar los deseos e intereses de todos nosotros para conseguir la credibilidad y los recursos que permitieran a esta Escuela crecer y consolidarse.

Consiguió que las diferentes personas trabajáramos con toda nuestras fuerzas para lograrlo, gente tan distinta como Constantino Sakellarides, Chema González, Carmen Martínez, Natxo Oleaga, Ángel Garijo, Rafa Burgos, Nacho Martínez, Luis Andrés, Fernando Silió, Joan etc.

Pero hay un misterio, ¿por qué la gente le tenía tanto cariño y respeto?. Patxi no era una persona fácil, que se lo digan a muchos de los que están aquí y que tuvieron que negociar los distintos Convenios Colectivos. Ni de fácil acceso: “llevo más de 6 meses para verlo”. Ni especialmente amable... “No es raro el día que no te saluda al pasar”.

Y sin embargo, todos le apreciábamos, ¿por qué?.

Yo tengo mis ideas. La primera es que era un hombre tremadamente honesto. Nadie dudaba de la honradez de Patxi. Tenía credibilidad. Te podías fiar de él. La segunda, su falta de protagonismo. Consiguió que todos los que trabajábamos en esta empresa pensáramos que era nuestra, y que su

supervivencia y desarrollo dependían de nuestro trabajo y buen hacer. Él no se apuntaba los tantos, pero los defendía, ¡vaya que si los defendía!, sufría como un cosaco preparándose los Consejos de Administración días y días, pidiendo memorias, consiguiendo hoja a hoja, para arriba, para abajo..., y defendiendo y presentando el trabajo de todos: la biblioteca, la unidad de apoyo informático, el Registro de Cáncer, las actividades docentes... Y la gente sentía no sólo que participaba, sino que su trabajo era el de la Escuela. Todos éramos importantes. Quizás por eso nunca a nadie se le ocurrió llamarle Director o D. Francisco Javier, como mucho recuerdo alguna visita que le llamó Don Patxi.

Pero ¿Qué hacía Patxi?, ¿Qué hacía allí metido en su despacho sin ni siquiera subir a la cafetería?...: Escuchaba, escuchaba a los que íbamos a plantearle problemas, ideas, conflictos, frustraciones, como si fuéramos los únicos, sin barreras y como sus amigos. Con más o menos éxito, pero desde luego no en vano. Toda esa información le permitía tener una idea muy certera de qué era esta institución, porque nos conocía a las personas. Y esa idea y su intuición le permitió tomar decisiones muy arriesgadas en su momento. Decisiones estratégicas con el apoyo de la Consejería y del SAS en unos casos, y de los que trabajábamos con él conformaron lo que hoy es la Escuela. Desde fusionar el Master de Salud Pública ('el de primaria') y el de gestión ('el de hospitales') en uno solo para colocar esta institución en un nicho único en España y yo creo que en Europa: enseñar gestión a los salubristas y salud pública a los gestores. Otra fue la decisión de dejar la tan querida "vieja Escuela" y apostar por este edificio. Una decisión valiente que no todo el mundo entendió en aquella época y que con el apoyo del Consejero Eduardo Rejón, llevó a cabo y significó un cambio cualitativo esencial. Algun día habrá que contar la pequeña historia de aquella obra.

Otra fue la de profesionalizar la asesoría, creando un área específica e incorporando para conducirla a un hombre proveniente del sector privado, Fernando, a pesar de que pudiera chocar con las tradiciones de la casa. No se le alteraba la cara cuando Fernando hablaba de honorarios, de clientes, de mercado...

Y cómo no recordar la apuesta por la cooperación, la aventura que supusieron nuestros primeros proyectos, PRISA en Dominicana o el de Angola. La proyección exterior y el prestigio vinieron después, pero sólo algunos sabemos el vértigo y la de horas de trabajo que supuso todo aquello.

No voy a cansarles más. Sólo acabar recordando que la Escuela es el punto de trabajo de muchos, de dentro y de fuera, de los que están y de los que estuvimos y de toda la gente de Andalucía, del resto de España y de América Latina que han sido profesores y alumnos, que han participado en nuestras jornadas, y toda esa gente participó porque identificaban en esta institución ilusión, buen gusto, trabajo, inteligencia, generosidad y lealtad, y además capacidad de reconocer errores e insuficiencias, y todo eso sí que lo supo poner Patxi Catalá; mucho es lo que Patxi aportó a la EASP. Algunos le llaman liderazgo.